libra de licor de nardo puro de gran precio, ungió con él los piés de Jesus, los enjugó con sus cabellos, y se llenó la casa de olor precioso.

Pero Judas Iscariote, uno de los Doce, hizo notar que hubiera podido venderse lo que acababa de ser derramado, sacando de ello trescientos denarios para los pobres. ¡Judas defendiendo los intereses de los pobres contra Magdalena! El Evangelio añade que Judas solo se cuidaba de los pobres porque era ladron y porque guardaba para sí lo que se echaba en sus bolsillos. Entónces dijo Jesus: "Bien ha hecho María, porque á los pobres siempre les teneis con vosotros, mas á Mí no siempre me teneis, y donde quiera que penetre el Evangelio, su accion será alabada."

En tanto, como muchos judíos acudieran de Jerusalen á Betania, para ver á Jesus y á Lázaro resucitado, los príncipes de los sacerdotes, sabiendo que muchos creian en Jesus á causa de aquella resurreccion, trataron de quitar tambien la vida á Lázaro.

Se tenia que pensar ya, no solo en acabar con Jesus, sino tambien con la Iglesia.

LIBRO VII.

LA EUCARISTIA.

CAPITULO XXVI.

Entrada en Jerusalen.—Maldicion de la higuera.

Como habian llegado á Betania la víspera del sábado, Jesus pasó allí el santo dia por respeto á la Ley, y el dia siguiente, seguido de los suyos, se puso en camino para Jerusalen.

Al llegar á la falda del monte Olivete ordenó á dos de sus discípulos que se adelantaran á una aldea que estaba próxima, donde verian una asna con su pollino, sobre el cual aún no se habia sentado hombre alguno; que cogieran aquellos animales y se los llevaran; y que si alguno les preguntaba por qué obraban así, respondiesen que el Señor necesitaba de ellos. En efecto, los discípulos hicieron todo aquello, desataron á la asna y al pollino, y se los llevaron á Jesus.

Cuando se supo su llegada, salió á su encuentro una gran multitud de Jerusalen, llevando palmas y clamando: "*¡Hosanna!*" ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!" Estendian tambien sus vestidos sobre el camino; y al bajar del monte Olivete, sus discípulos, divididos en grupos, llenos de gozo, alababan á Dios publicando los milagros que habian visto, y diciendo tambien: "¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria en lo mas alto de los cielos!

Obligado por la condicion humana á señalar su soberanía por un triunfo celebrado con las formas humanas, Jesus solo quiso ese triun-

fo, opuesto á las pompas de que se rodean los grandes y victoriosos de la tierra, y escogió el dia en que habia de celebrarlo de modo que significara tambien su sacrificio. Aquel era, en efecto, el dia en que se introducian en Jerusalen, adornados de lazos y de flores, los corderos que debian ser inmolados cuatro dias despues, en la Pascua. Juan Bautista habia dicho á sus discípulos, señalándoles á Jesus: "Hé aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo;" y Jesus cumplió aquella palabra, la primera que se dijo de El cuando vivió en la carne, y al mismo tiempo inundó de luz la profecía hecha cinco siglos ántes por Zacarías, cuando la voz de los Profetas iba á callarse en Israel: "Alégrate, hija de Sion; hé aquí que tu Rey, el Justo y el Salvador, llega á tí. Es pobre, y viene montado sobre una asna y sobre el pollino de la asna."

Una de las gracias supremas que Dios ha hecho al hombre por Jesucristo, es el éstasis constante y profundo de su inteligencia cuando considera el tierno cuidado con que Jesus quiere darse á conocer como el tipo de todas las figuras, á fin de despertar y de fortalecer su fé, y cuando considera con la misma mirada de la inteligencia la majestad que incesantemente se manifiesta en Jesus en el momento en que hace todas aquellas cosas humildes. Ciertamente, la entrada en Jerusalen responde poco, á primera vista, á las ideas que nosotros nos formamos de un Rey y á la que podemos formarnos de Dios: sin embargo, Aquel que envió delante de sí á dos heraldos como Zacarías y Juan Bautista, sin contar á los demas Profetas, no podia hacer nada que le equiparara á Herodes ó César.

Aquel Pobre que recorre la Judea á pié, que vive de limosna, obra y habla, sin embargo, en todas partes como Señor soberano de los hombres y como poseedor soberano de las cosas. Llama á quien le parece, entra donde le acomoda, toma á quien los posee los panes y los peces que luego multiplica, y saca del mar la moneda de plata con que paga el tributo. Dice á Zaqueo: "Hoy me hospedo en tu casa," y deja vacías las manos del publicano como llena las redes de los pescadores. En el momento de llegar á Jerusalen, Jesus da tambien otro ejemplo de ese dominio que en El reside sobre todas las cosas de la tierra. Envia dos discípulos á que desaten la asna y su pollino, y espresa su derecho por una palabra que debe vencer toda resistencia: "Diréis: El Señor lo ha menester." No se llama Jesus ni aun el Hijo de David: no toma mas designacion que la del Señor.

Los fariseos se hallaban presentes á la entrada de Jesus; y ante aquel

espectáculo que les mostraba, como nosotros lo vemos hoy, lo que Jesus hubiera hecho del pueblo de Jerusalen y del pueblo Judío si hubiera querido, solo vieron lo que no hacia, y se ratificaron en la idea de que no llegaria á resistirles. Se decian unos á otros, aludiendo á la inutilidad de sus calumnias y de sus amenazas: "Nada hemos ganado, todo el mundo corre á El;" pero aunque resueltos á sacrificarle y seguros de su mansedumbre, no podian pensar en aquel momento en prenderle, contentándose con decirle: "Maestro, reprende á tus discípulos;" á lo que Jesus respondió: "Os digo que si estos callaren, las piedras darán voces."

Sin embargo, Jesus no ignoraba á qué se reducia la firmeza de sentimientos de aquella multitud, ni cómo terminaria todo aquel júbilo, porque entre la multitud y entre los mismos que pedian larga vida para el Hijo de David se encontraban los que cinco dias mas tarde debian gritar: "Crucifícale." Al ver á Jerusalen lloró, porque muy pronto Jerusalen, tan criminalmente ingrata, debia convertirse en un sepulcro mas cerrado que el de Lázaro. Jamas el duelo por la patria ha lanzado un gemido mas tierno que el de Jesus: "¡Ah si tú reconocieses siquiera en este tu dia lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán dias contra tí, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán por tierra y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu salvacion."

Jesus subió al templo, y despues de haberlo considerado todo como el señor que inspecciona su casa, volvió á Betania, donde pasó la noche.

El dia siguiente quedó señalado por otro acto en apariencia estraño y poco importante, pero de gran significacion.

Al volver Jesus de Betania á Jerusalen tuvo hambre, y se aproximó á una higuera que habia en el camino por ver si tenia fruto; pero no encontró sino hojas, porque aún no habia llegado el tiempo de los higos. Entónces Jesus dijo á la higuera: "Nunca mas coma nadie fruto de tí para siempre." Al momento la higuera se secó hasta en sus raices. Los discípulos no lo notaron entónces; pero al dia siguiente, al pasar por aquel árbol, quedaron sobrecogidos de admiracion, y Pedro, que se acordó de lo que habia sucedido la víspera, dijo á Jesus: "Maestro, mira ahí la higuera que maldijiste, cómo se ha secado."

Aquello habia pasado por la mañana, ántes de la hora de la comi-

da, y el hambre que Jesus queria sentir como señal de su humanidad, no era natural. Aquello pasaba tambien ántes de la estacion de las frutas; ¿por qué, pues, buscaba Jesus fruta, cuando sabia que no habia de encontrarla, y por qué maldijo un árbol que no habia dado frutos en una época en que no podia darlos? Con esto puede esplicarse la admiracion de los discípulos; y Pedro, á quien tocaba el observar, el inquirir y el recordar, hace una observacion que solicita esplicaciones, aunque Jesus, sin esplicar el misterio, se contentó con enseñar á los Apóstoles que habia hecho aquel milagro para procurarles la fé. Queria ponerles al abrigo del terror que pudieran inspirarles las amenazas de la Sinagoga, de la que era imágen la higuera, haciéndoles comprender, por aquella nueva prueba de su poder, siempre soberano, que todo lo que iba á suceder, solo sucederia con su consentimiento.

Era preciso tambien que Jesus manifestara el poder formidable de su justicia, y precisamente en ello vemos, dice San Hilario, cuánta era su bondad. Hasta entónces, al mostrarse Dios por sus misericordias, las ha señalado en los cuerpos humanos, curando los males de esta vida para anunciar la salvacion de las almas; y entónces, cuando tiene que dar un ejemplo de su severidad á los rebeldes, no hiere á un hombre: seca una planta, y escoge una higuera, para que el milagro fuera mas evidente á causa de la savia abundantísima de este árbol, seco por una sola palabra.

Por lo demas, el sentido del milagro se hallaba ya esplicado de antemano por la parábola de la higuera estéril. El dueño de la higuera plantada en la viña, que no encuentra fruto en ella, dice á su ciervo: "Hé aquí tres años que vengo á buscar fruto en esta higuera sin encontrarle nunca: córtala, puesto que ocupa un sitio inútil;" pero el siervo intercede, diciendo: "Déjala, Señor, un año mas; yo la estercolaré, y así dará fruto; y si no, será cortada."

Aquellos tres años son los de la predicacion de Nuestro Señor: la higuera, regada inútilmente por la sangre divina y la sangre de los mártires que perecieron durante la primera persecucion, fué cortada al tenor de la sentencia del dueño, pero despues del plazo obtenido por el cultivador. La higuera maldita no se secó de pronto ante los ojos de sus discípulos; entre la maldicion y su efecto total trascurrió un dia; y un dia y algun tiempo tambien trascurrirá entre la ruina de Jerusalen y el crímen cuya sentencia ella misma ha pronunciado.

Muchos pasajes de los Profetas hacen ver que era comun el representar á la nacion judáica bajo esa imágen de la higuera; y hé aquí una profecía del mismo milagro de la maldicion: "Desgraciado de mí, porque no he encontrado ninguno de esos higos madurados primeramente que mi alma ha deseado." No se encuentran Santos sobre la tierra; nadie hay que tenga el corazon recto, y esto es lo que decia Jesus cuando iba á buscar los higos: sabia que los judíos no creerian en El sino despues de haber sido engañados por el Antecristo; que la higuera no daria frutos sino en los tiempos finales, y sin embargo va á ellos porque les ama y porque quisiera evitarles el castigo.

La maldicion de la higuera ofrece tambien una gran enseñanza moral. Ese árbol que tiene hojas, pero no frutos, es el hipócrita que solo tiene palabras, apariencias de santidad, en tanto que los Santos producen la hoja de las palabras, la flor de las virtudes y la fruta de las obras. El hipócrita se halla tambien fuera del verdadero camino donde la semilla no germina, entre las piedras donde el gérmen no se arraiga, entre las espinas donde el fruto no madura. Jesus maldice aquel árbol porque abomina á los hipócritas, y su maldicion seca la higuera hasta en la raiz, para mostrarnos que las palabras sin las obras no tienen valor y son completamente estériles. En este sentido, la maldicion de la higuera es la confirmacion y el resúmen de la moral del Evangelio. Es una parábola en accion: Jesus obra del mismo modo que habla, y ni el judío ni nadie se salvará por palabras de justicia si no las acompañan las obras.

Aquel mismo dia, Jesus arrojó por segunda vez á los vendedores del templo. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que autorizaban el comercio, con frecuencia fraudulento, de aquellos traficantes, y que se aprovechaban de él, sintieron que su cólera aumentaba; pero no se atrevieron á emprender nada contra Jesus, á causa de la admiracion que el pueblo sentia hácia su doctrina, y del gran número de enfermos que habian acudido á El y habian sanado. Los mismos niños, repitiendo lo que oian decir en todas partes, clamaban en el templo: "¡Hosanna al Hijo de David!" Y los fariseos dijeron á Jesus: "¿Oyes lo que dicen éstos?" pero Jesus les respondió: "Sí, ¿Nunca leísteis que de la boca de los niños sale perfecta alabanza?"

CAPITULO XXVII.

Ultimas enseñanzas en el templo.

El dia siguiente, Jesus, enseñando en el templo, dijo á los discípulos: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre:" esa hora era la de su muerte, y Jesus lo indicó, añadiendo: "En verdad os lo digo: que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma, la perderá, y quien aborrece su alma en este mundo, para la vida eterna la guarda."

Sin embargo, al aproximarse la muerte, permitió que la naturaleza humana le invadiera, haciéndole sentir su debilidad y anticipándole la agonía. "Ahora, dijo, mi alma está turbada; y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora; mas por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre." Entónces se oyó una voz del cielo que decia: "Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré." Las gentes que allí estaban creyeron que un Angel habia hablado; pero Jesus repuso: "No ha venido esta voz por mi causa, sino por causa de vosotros: ahora será lanzado el Príncipe de este mundo, y si Yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á Mí mismo."

Una voz del pueblo llegó entónces hasta Jesus: "Nosotros hemos oido de la Ley, que el Cristo permanece para siempre: ¿pues cómo dices tú conviene que sea alzado el Hijo del Hombre? ¿Quién es este Hijo del Hombre?"

Tenian en su presencia al Cristo eterno, le habian entrevisto algunas horas ántes; pero querian su reinado , y no su cruz; querian su gloria predicha por los Profetas, y no sus sufrimientos, que igualmente estaban predichos. Jesus, que con tanta frecuencia les habia instruido sobre aquella materia, solo les respondió algunas palabras, dándoles la última leccion, pero la leccion mas propia para sostener la fé y concluir con la incredulidad. Díjoles, pues: "Aún hay en vosotros un poco de luz. Andad miéntras que teneis luz, por que no os sorprendan las tinieblas, y el que anda en tinieblas no sabe á dónde va. Miéntras que teneis luz, creed en la luz, para que seais hijos de la luz."

A pesar de tantos milagros que no se negaban, los judíos no creian, y aquí se ve la ceguedad predicha por Isaías. Ademas, aquellos mismos que creian no se atrevian á declararlo por miedo de ser arrojados de la Sinagoga, prefiriendo, dice el Evangelio, la gloria que procede de los hombres á la que procede de Dios. ¡Rasgo eterno de la degradacion y de la locura del hombre! Cuántos y cuántos que creen en el fondo del alma se hacen hipócritas de incredulidad, por temor ó amor á la opinion de los hombres!

Jesus, en tanto, seguia abriéndoles la senda y prodigándoles la luz; y aquella luz era tan viva, que les obligaba, para no verla, á cubrirse los ojos. Decia á los tímidos: "Quien crea en Mí, no cree en Mí, sino en Aquel que me ha enviado; quien me ve, ve á Aquel que me ha enviado." Decia á los incrédulos: "Si alguno oyere mis palabras y no las guardare, y no reciba mis palabras, tiene quien lo juzgue: La palabra que yo he hablado, ella le juzgará en el dia postrimero. Porque yo no he hablado de Mí mismo; mas el Padre que me envió me dió mandamiento de lo que tengo de decir y de lo que tengo de hablar."

Fingiendo no entenderle, los príncipes de los sacerdotes y los escribas le interpelaron en presencia del pueblo: "¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te dió esta potestad?" Ya ántes le habian dirigido una pregunta análoga, tratando de apedrearle por toda réplica á su contestacion; sin embargo, Jesus prometió satisfacerles cuando ellos á su vez le hubieran dicho si creian que el bautismo de Juan era del cielo ó de la tierra. Los escribas se vieron confundidos, temian la argumentacion de Jesus si reconocian la mision de Juan, y temian la cólera del pueblo si la negaban: se resignaron, pues, á responderle que no sabian de quién era aquel bautismo. Entónces les dijo Jesus: "Pues Yo no os digo con qué potestad hago estas cosas." Pero no queriendo dejar sin castigo á aquellos intrigantes que afectaban amar la justicia y que la despreciaban y abominaban en el fondo del alma, añadió: "En verdad os digo que los publicanos y las rameras os irán delante al reino de Dios. Porque vino Juan á vosotros en camino de justicia, y no le creísteis. Y los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viéndolo, ni aun hicísteis penitencia despues, para creerle."

No se contentó con eso. A fin de mostrarles con mayor claridad las consecuencias de que rechazaran la verdad, y para que confesasen la igualdad del castigo que iba á caer sobre ellos, les propuso la amenazadora parábola de los labradores: "Habia un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la dió á renta á unos labradores, y se par-

tió léjos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus criados á los labradores para que percibiesen los frutos de ella. Mas los labradores, echando mano de los criados, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro le apedrearon. De nuevo envió otros criados en mayor número que los primeros, y los trataron del mismo modo. Por último les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto á mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: "Este es el heredero, venid; matémosle y tendremos su herencia." Y trabando de él, le echaron fuera de la viña, y le mataron." "Ahora bien, añadió Jesus dirigiéndose á los judíos: cuando viniere el Señor de la viña, ¿qué hará de los labradores?" Los judíos respondieron: "A los malos destruirá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su tiempo.—Sí, repuso Jesus; vendrá, destruirá á esos labradores, y pondrá su viña en otras manos."

La majestad de que se revistió al pronunciar estas palabras les hizo sin duda comprender la sentencia que acababa de fulminar contra aquellos que, despues de haber arrojado y muerto á los Profetas, se preparaban á quitar la vida al Hijo Unigénito. Sobrecogidos de espanto, esclamaron: "¡Nunca tal sea!" Pero, Jesus, mirándoles, les preguntó si ignoraban lo que estaba escrito, y les citó este versículo de la Escritura: "La piedra que desecharon los que estaban edificando, vino á ser la piedra angular." Jesucristo es llamado en otras partes la piedra fundamental: en ese pasage se le llama la piedra angular, porque los dos muros ántes divididos, es decir, los dos pueblos, el judáico y el galileo, se habian unido formando una sola casa. Jesus añadió: "Todo aquel que cayere sobre esa piedra, quebrantado será, y sobre quien ella cayere se desmenuzará."

Los fariseos comprendieron perfectamente que hablaba de ellos; pero el temor al pueblo les obligó á contener su furor.

No pudiendo separar de Jesus aquel pueblo al que nunca adulaba, trataron de comprometerle segunda vez por medio de una cuestion política. Llegáronse, pues, á El alabando altamente su valerosa serenidad, y le preguntaron si era ó no permitido pagar el tributo al César. Por la importancia que esta cuestion ha tenido siempre á los ojos de los súbditos y á los de los príncipes, se puede juzgar fácilmente de su gravedad, bajo ese doble título, en un pueblo conquistado y que soporta con impaciencia la conquista. Segun lo que Jesus dijera, los fariseos se preparaban á mostrarse ó patriotas ó sumisos al César, para murmurar de El con el pueblo, ó para denunciarle al representante del Emperador. "Hipócritas, les dijo Jesus: ¿por qué me tentais?"

Sin embargo, Jesus les respondió, ménos sin duda para confundirlos que para instruir á su Iglesia. Habiendo hecho que le presentaran la moneda del tributo, y habiéndoles obligado á que le dijeran que la moneda llevaba grabada la imágen del César, les dijo: "Dad pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios."

Millares de doctores poco doctos han pretendido probar por esas palabras que la Iglesia debe dar al César lo que es de Dios; pero ¿qué importa todo eso? La Iglesia ha oido la voz del Maestro.

En cuanto á los fariseos que esperaban que Jesucristo se pusiese de parte de la rebelion, á la que ellos pertenecian en secreto, á fin de denunciarle al príncipe, ó que se declarase de parte del poder con objeto de denunciarle al pueblo, hubieron de conocer una vez mas que no podian sorprender ni á su justicia ni á su prudencia, y que la muerte era el único argumento que podian emplear contra El.

Las maquinaciones de los fariseos no alteraban la serenidad de Jesus, que seguia instruyendo á sus discípulos, al pueblo y á aquellos mismos malvados. Jesus afirmó entónces el dogma de la Resurreccion contra los saduceos; renovó sus instrucciones sobre el conocimiento y el amor de Dios, sobre el culto, sobre la oracion; insistió en sus instrucciones sobre la caridad. Así formó Jesus su testamento; y hace diez y nueve siglos que la inteligencia humana, al sondear las palabras que pronunció en aquellos últimos dias, encuentra en ellas un alimento inagotable.

Un fariseo le preguntó cuál era el gran mandamiento, y Jesus respondió: "Dios vuestro Señor es el único Dios, y amareis á Dios vuestro Señor con todo vuestro corazon, vuestra alma y vuestras fuerzas." Este es el mayor mandamiento y el primero; pero hay otro semejante á este: "Amarás á tu prójimo como á tí mismo;" y no hay otro mandamiento mas grande que este, y toda la ley y todos los Profetas se reducen á estos dos preceptos. El fariseo alabó aquella respuesta, añadiendo que en efecto amar al prójimo es una cosa mas grande que todos los holocaustos y todos los sacrificios, y Jesus le dijo entónces: "No estás léjos del reino de Dios."

Esta fué la última vez que los fariseos, vencidos siempre por su ciencia y por su prudencia, se atrevieron á interrogarle; pero Jesus les interrogó á su vez de este modo: "¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David, si el mismo David dice en el libro de los Salmos: "Di-

"jo el Señor á mi Señor: Siéntateme á mi derecha hasta que pon-
"ga á tus enemigos por peana de tus piés?" Luego David le llama *Señor*; pues ¿cómo es su hijo?" A esto no supieron qué responder. Odiando á Jesus como le odiaban, no podian ignorar ningun detalle. público de su vida y de su orígen; sabian, pues, que era hijo de David, y no lo negaban; pero no queriendo reconocerle por el Mesías, no querian tampoco comprender y mucho ménos confesar que, como Dios, era Señor del mismo David, de quien procedia por su generacion natural. Así su incredulidad y su odio nacian la una del otro y se aumentaban recíprocamente.

Jesus dejó se desbordara su indignacion contra aquellos hipócritas arrogantes que engañaban al pueblo, que creian engañar á Dios, y que querian engañarse á sí propios. Dirigióles, pues, los formidables anatemas bajo los cuales ha quedado anonadado su nombre: "Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entrais, ni á los que entrarian dejais entrar! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmais la yerbabuena, y el eneldo, y el comino, habeis dejado las cosas que son mas importantes de la Ley; la justicia, y la misericordia, y la fé! Esto era menester hacer, y no dejar lo otro."

No olvidó ningun rasgo de su orgullo, de su dureza, de su avaricia; ninguno de los crímenes de sus padres, asesinos de los Profetas, ni los crímenes de que ellos mismos debian hacerse culpables en el porvenir como perseguidores de la Iglesia: "Llenad vosotros la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huireis del juicio de una eterna condenacion? Por esto, hé aquí Yo envío Profetas, y sabios, y doctores, y de ellos matareis y crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras Sinagogas, y los perseguireis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra."

Pero como la misma vehemencia de aquel discurso solo era producida por un impulso de su afecto, no pudo terminarlo sin espresar la conmiseracion que le inspiraba Jerusalen, la miserable Jerusalen, cómplice de aquellos malvados: "Jerusalen, Jerusalen, que matas los Profetas y apedreas á aquellos que á tí son enviados, ¿cuántas veces quise allegar á tus hijos, como la gallina allega á sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me vereis hasta que digais: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!"

Despues de haber hablado así, se sentó Jesus frente del lugar en que se arrojaban las ofrendas; los ricos daban mucho; pero llegó una pobre viuda que dió dos monedas del valor mas ínfimo, y aquel espectáculo consoló á Jesus, que llamó á sus discípulos y les dijo: "En verdad os digo que esta pobre viuda ha hecho mas que todos los otros. Porque todos estos han echado para las ofrendas de Dios, de lo que les sobra; mas esta, de su pobreza, ha echado todo el sustento que tenia."

Comentario divino de la maldicion precedente contra aquellos que pagan el diezmo de las cosas mas ínfimas, no por pagarlo, sino por vanagloria y olvidando la caridad.

Aquella fué la última predicacion de Jesus, y la última vez que se mostró en el templo, saliendo de él para no volver á pisar sus umbrales. Cuando estuvo fuera, sus discípulos quisieron hacerle admirar la belleza del edificio, esperando acaso que revocara la sentencia que habia pronunciado contra él, sentencia encerrada en estas palabras: "Hé aquí que vuestra casa va á quedar desierta;" y para eso los Apóstoles hablaban de las magnificencias de que el templo estaba lleno y de la solidez de su estructura. Pero Jesus dijo: "De estas cosas que veis no quedará piedra sobre piedra que no sea demolida." La sentencia era definitiva: cuarenta años despues los romanos arrasaron el templo; cuatro siglos despues los obreros que Juliano Apóstata llevó allí para que le reconstruyeran, arrancaron sus cimientos mas hondos.

Al llegar al monte Olivete, Jesus se sentó en frente del templo, y describió á los Apóstoles, que se lo habian suplicado, los signos precursores de la ruina de Jerusalen y del fin del mundo. Los Apóstoles creian que las dos catástrofes anunciadas en aquel discurso ocurririan en la misma época, y Jesus no señaló la época fija, limitándose á decir lo preciso para que se instruyera y fortificara la Iglesia, de tal suerte que permaneciese inquebrantable en las persecuciones y vigilante en la paz. Convenia que su dignidad predijera y que su misericordia advirtiera é indicara ciertos signos; pero su sabiduría debia dejar que se ignorara la hora y la proximidad de la hora, á fin de que los hombres, esperándola siempre, estuvieran siempre preparados para ella. Esta vigilancia, necesaria en todo tiempo, necesaria á cada hombre en particular [puesto que la muerte es el fin del mundo para cada uno de ellos], se halla recomendada en los Evangelios por dos parábolas: la de los siervos que aguardan á su señor, y la de las vírgenes que esperan al esposo.

Otra tercera parábola enseñó á los discípulos; que la labor evangélica, es decir, el acrecentamiento del bien en nosotros mismos y el celo para procurarlo en los demas, deben ser consecuencia de la vigilancia y de la oracion. El Señor no solo ha de pedir lo que ha dado, sino los frutos de lo que ha dado, y el siervo inútil será arrojado á las tinieblas.

Jesus reasumió y terminó aquella enseñanza presentando á los discípulos la descripcion del juicio final. La importancia decisiva que atribuye á las obras de misericordia hijas de la fé, en los considerandos, por decirlo así, de la sentencia que fijará para siempre la suerte de cada hombre, da testimonio de su afecto hácia la multitud de los humildes y desgraciados, víctimas hasta entónces de una tiranía sin entrañas. Las palabras que van á oirse han sido la firmísima palanca, que removió el mundo pagano. Dijo Jesus:

"Cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los Angeles con El, se sentará sobre el trono de su gloria. Y serán todas las gentes ayuntadas ante El, y apartará los unos de los otros como el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entónces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre; poced el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre, y me dísteis de comer: tuve sed, y me dísteis de beber: era huésped y me hospedásteis: desnudo, y me cubrísteis: enfermo, y me visitásteis: estaba en la cárcel, y me venísteis á ver. Entónces le responderán los justos, y dirán:—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer, ó sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped, y te hospedamos, ó desnudo, y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, ó en la cárcel, y te fuimos á ver? Y respondiendo el Rey, les dirá:—En verdad os digo, que en cuanto lo hicísteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí lo hicísteis. Entónces dirán tambien á los que estarán á la izquierda:—Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me dísteis de comer: tuve sed, y no me dísteis de beber: era huésped y no me hospedásteis: desnudo y no me cubrísteis: enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis. Entónces ellos tambien le responderán, diciendo:—Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? Entónces les responderá, diciendo:—En verdad os digo, que en cuanto no lo hicísteis á uno de esos pequeñitos, ni á mí lo hicísteis. E irán estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna."

Ya en el dintel de la muerte, pronunció Jesus estas palabras, como un legado soberano que hacia para toda la duracion de los siglos á la multitud de los pobres, de los indigentes, de los enfermos, de los cautivos y de los abandonados. Moisés, al tocar la roca con su vara, hizo brotar de ella agua viva; las palabras de Jesus, al herir la dura corteza del corazon humano, abrieron en él el manantial inagotable de la limosna, doble gracia que ha socorrido á innumerables afligidos y que ha salvado á mayor número aún de pecadores.

Jesus dijo en seguida á sus discípulos: "Sabeis que de aquí á dos dos dias será la Pascua, y que el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado."

Todo esto pasaba el mártes por la tarde. El dia siguiente, Jesus permaneció en la montaña como en una especie de retiro, y como para prepararse á morir. Aquel mismo dia los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo tuvieron consejo para ver cómo se desharian de El; pero los sentimientos del pueblo les daban en qué pensar, figurándose que el arresto de Jesus provocaria un motin, y que por lo tanto era mas prudente apoderarse de El despues de las fiestas, cuando los estrangeros hubieran salido de la ciudad. Un ausilio con el que tal vez no contaban, les hizo anticipar la época de la realizacion de su proyecto. Judas Iscariote, uno de los Doce, se les presentó para tratar con ellos de la prision y de la muerte de su Maestro. Judas les dijo: "¿Qué me quereis dar y yo os lo entregaré?" Y ellos le señalaron treinta monedas ó treinta siclos de plata, que corresponden próximamente, teniendo en cuenta la diferencia de liga, á unos diez y ocho duros de nuestra moneda. Este era el tipo de la multa judáica por la muerte de un esclavo; este era el precio de un esclavo ordinario, y por eso Zacarías habia dicho: *Fué estimado en el valor de un esclavo, y su precio se fijó en treinta monedas.*